

que le tenía prevenido. Entre tanto que ella lo executaba, se retiró el amartelado mancebo por cierta causa, que le precisaba; mas volvió puntual al quarto, donde estaba, la que era ocasión de sus desvarios, impaciente, de que se le huviese retardado el verle con ella. Hablabala cariñosos requiebros; y viendo, que no le respondia vna sola palabra, elevaba la voz en sus finas expresiones; juzgandola dormida. Aun no se daba por entendida de sus clamores la que estaba en el lecho; por cuya razon tuvo por preciso algun movimiento, para que despertase la que imaginaba poseida de algun profundo sueño. Llegó à executar en su cuerpo esta diligencia: y la rara novedad, que hallaron sus manos en el contacto, motivaron su curiosidad; para que con vna luz viesse mas claro su desengaño, y su infortunio. Acercó la antorcha à la cama, y halló sin alma à la que lo era poco antes de la suya: y no solo la halló muerta; sino convertida en vn horrible monstruo, à quien, para asombrar con su aspecto, sobraba de difunto la formalidad.

Nunca mas que en esta ocasion se halló contristado el corazon valiente de este florido mozo, y su entendimiento falto de consejos; pues solo ocurrió à su imaginacion perturbada, desamparar la casa, y salirse à la calle prevenido de espada, y broquel; sin saber para

que se armaba, ni para que salia. Aun no se avia desembarazado de su terrible confusion, quando en la misma calle se le hizo encontradizo el Venerable Pedro de San Joseph; quien saludandole cortesano, le preguntó, como estrañando la novedad, qual era el motivo, que le tenía tan fuera de hora, y solo en la calle? No tenía Don Rodrigo hecho de el Siervo de Dios el concepto, que merecia su virtud, sin embargo de su universal fama: y así por esto, como por la pesadumbre que tenía, no hizo caso de responderle à el asumpto, y solo le dixo con bastante desabrimiento: que mucho mas estraño era, que anduviese por la calle à aquella hora vn hermano, cuya profesion debia ser el recogimiento? y que en él no avia que estrañarlo; pues era Seglar, y mozo, à quien no precisaban estas obligaciones. Viendo el Venerable Pedro, que él no avia de descubrirle el suceso, le dió à entender, que no necesitaba de su aviso: y que de todo el caso tenía la noticia por superior ilustracion. Dixole quanto era motivo de su interior afliccion; y reprehendiendole blandamente su delito, le exortó à que emmendasse los errados pasos de su vida, tomando escarmiento de el presente fracaso, que le sucedia.

Bien sabia el General, que la puntualidad, con que el Siervo de Dios hablaba de su infortunio,

no

no podia ser sino por noticia, maravillosamente participada de el Cielo; y no pudiendo resistirse à las raras mociones, que hizo en su animo la consideracion de aquel prodigio, se puso à sus pies postrado; pidiendole, que alcanzasse de Dios el perdon de sus culpas, y el remedio de aquella fatalidad; y ofreciendole, que si tenía buen exito aquella fatal tragedia, no solo emmendaria su vida; sino que seguiria sus pasos en la profesion de su Instituto. *Vamos, vamos à su casa,* respondió el Siervo de Dios, oyendo su promesa; *que yo le prometo en el nombre de Dios el remedio, que dessea, solo porque le cumpla esta palabra.* Entraron los dos en la casa de Don Rodrigo hasta el sitio, donde estaba el cadaver: y allí con la visible voz de el horrible exemplar, que estaba en su presencia, le esforzó las persuasiones à la reforma de sus costumbres. Llegóse despues el Venerable Pedro à la difunta: tomola de vna mano: mandola en nombre de Dios, y pronunciando el suyo, que se restituyesse à la vida: y à el impulso de su voz se siguió el maravilloso efecto, que intentaba; quedando la difunta no solo viva; sino restituida à la antigua hermosura de su aspecto. Postraronse à los pies del Siervo de Dios los dos delinquentes, derramando copiosas lagrimas de arrepentimiento, y gratitud; pero el

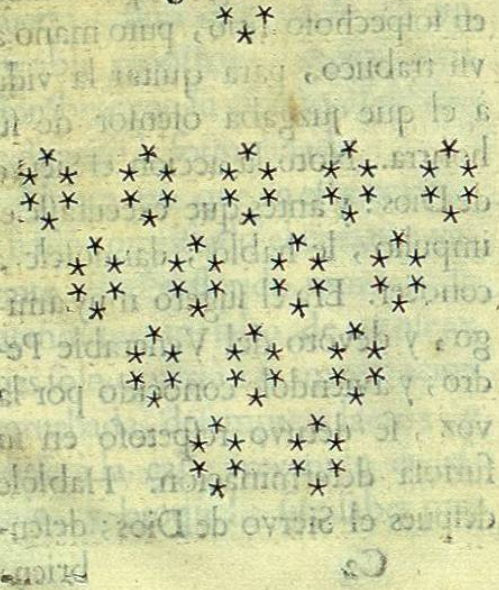
Venerable Pedro mandó, que la Señora se vistiese, para llevarla à su casa sin dilacion; porque no la permitia el caso. Encaminaronse todos tres à la dicha casa con demasiada presteza; y à la entrada de ella advirtió el Siervo de Dios à esta muger la malicia, con que se avia ausentado su marido; persuadiendola à que se recogiese sin tardanza, y tuviesse en losiego toda su familia; para evitar el instante peligro; con que le amenazaban sus bien fundados zelos. Hizo à los dos juntos nuevas exortaciones à la emmienda de su vida; y mandó à Don Rodrigo, que se retirasse à su casa, entretanto que el remediaba lo que restaba que componer en aquel negocio.

Pusóse el Venerable Pedro à esperar à el marido de la dicha Señora, à quien ya su zelosa passion traia presuroso, à hazer el examen cierto de su imaginada ofensa; y aviendo registrado el humano Personage, que estaba en sospechoso sitio, puso mano à vn trabuco, para quitar la vida à el que juzgaba ofensor de su honrra. Notó la accion el Siervo de Dios: y antes que executasse el impulso, le habló; dandotele à conozer. Era el sujeto muy amigo, y devoto del Venerable Pedro; y aviendole conoçido por la voz, se detuvo respetoso en su furiosa determinacion. Hablòle despues el Siervo de Dios; descubri-

C2

brien.

briendole todas las interioridades de su pecho; y persuadiendole, que se sossegasse en sus rezelos. Alegò para aquietarle las relevantes prendas de su muger; y para convencerlo mas, le dixo: que à el sugeto, de quien tenia su sospecha, le veria muy en breve vestido de su Habito con exemplar desengaño. Con estas poderosas razones, que el Venerable Pedro le propuso, se ferenò el corazon inquieto de aquel Cavallero, que se despidió de èl con mucha ternura; dando gracias à Dios, de aver hallado en sus palabras su total alivio. Dignos son de la ponderacion mas elevada los soberanos fines, que consiguió este Varon de Dios en este solo caso; pues en èl se admiran la afortunada Señora resucitada, su marido sin la inquietud furiosa de sus zelos, y Fray Rodrigo eficazmente resuelto à abandonar las mundanas pompas, y seculares grandezas.



CAPITULO VI.

AVIENDOSE PRÓBADO LA Verdad de su vocacion, recibe Fray Rodrigo el Habito de Tercero: y renuncia desengañado todas las honrras, y conveniencias mundanas.

TAN claras fueron las luzes, que administrò à Fr. Rodrigo el passado sucesso, para su desengaño, y tan heroycamente estuvo resuelto à seguir la superior vocacion, como lo dixo el efecto; pero no fue este tan prompto como lo deseaba ansiò; porque suspendió su instantanea execucion el maduro dictamen de el Venerable Pedro de San Joseph. Las promessas, y vocaciones, que se originan de vn infortunio, suelen ser poco deliberadas; porque la opresion de la fatalidad, que actualmente se experimenta, las finge menos dificiles de emprender. Suelen ser semejantes resoluciones superficiales llamas, que no teniendo actividad bastante, para imprimir bien su fuego, pasan ligeras, y facilmente se enfrían con afrentosa nota de veleidat en el sugeto. Arreglado à el conocimiento de esta verdad obrò el Venerable Siervo de Dios en la vocacion de Fray Rodrigo: y quiso hazer, deteniendole, la primera prueba à su resolucion he-

heroyca. Bien sabia, que su vocacion era cierta, y avia de tener efecto; porque para este conocimiento tenia Celestiales luzes: pero no quiso dexarla de asegurar con experimentos humanos. Detivole por este motivo algunos dias bien mortificado en sus defectos: y aun quando ya estaba resuelto à admitirle en su compania, hizo el ultimo examen de su proposito con la siguiente disposicion.

Discurriendo Fray Rodrigo, que ya seria tiempo de ver cumplida su promessa, recogió toda su ropa, y alhajas; y aviendolo acomodado todo en vnos carros, hizo, que sus criados lo llevassen à el Hospital de Bethlehen, y lo entregassen al Venerable Pedro. Executaron los siervos el mandato, que ordenaba su amo como contraseña de su proxima personal entrega à el Instituto pobre, q deseaba professar; y aviendolos entendido el Siervo de Dios, los despidió con bastante desabrimiento. Nada de lo que llevaban quiso recibir; antes haziendo à Fray Rodrigo el desayre de bolverle à la cara todas sus prendas con desprecio, ordenò à los criados, que le dixessen: *Que aun no estaba abierta la zanja, para echar el agua.* Oyò Fray Rodrigo con alguna suspension de sus potencias esta respuesta, que podia enfriar en su proposito à otro espiritu menos fervoroso que el suyo; pero no hizo

tal impresion en su animo; por que perseveraba constante en su determinacion. Considerò con reflexion discreta el mysterio de las palabras de el Venerable Pedro; y penetrando, que en ellas le daba à entender, que aun no estaba bien preparado su espiritu con la zanja de las mortificaciones, para que recibiesse el agua de el estado perfecto, à que aspiraba; le bolyò las prendas con notables expresiones de resignado. Instole con humilde representacion por medio de los criados, que admitiesse aquellas alhajas, y se sirviesse de disponer de ellas à su arbitrio: y que si à èl le hazia merced de darle vn rinconcillo de su casa para recogerle, iria à acompañarle, quando se lo mandasse. Quando llegaron los criados con esta nueva suplica, hallaron de tan distinto semblante à el Siervo de Dios; que ya los aguardaba prevenido; y aviendo admitido gustoso todo lo que le llevaban, mandò, que dixessen à su señor, que ya avia llegado el tiempo oportuno, y que podia ir luego que lo determinasse. A el punto que tuvo Fray Rodrigo esta licencia, se fue à la presencia de el Venerable Pedro: y aunque este le recibió gustoso, hizo antes de vestirle el habito la mas rigorosa prueba de su espiritu.

Passados algunos dias, que en el secular trage estuyo Fray Rodrigo en compania de el Venerable